



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 15.

JUEVES 9 DE JUNIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

LA HERMOSURA, por José Alcalá Galiano.—LA POLÍTICA, por Manuel María Guillen.—EL CONDE DE CAVOUR: apuntes biográficos, por A***.—DELIRIO, por Fabio de la Rada y Delgado.—CRÓNICA DEL SIGLO XV, batalla de las Alpujarras.—ECONOMÍA POLÍTICA: del pauperismo, por Augusto Jerez Perchet.—LA ILUSION, por Gerónimo Flores.—HABITANTES DE VEA.—APUNTES BIBLIOGRÁFICOS: el Sahumerio.—¡BUENA OCASION! por Pedro F. Reymundo.

LA HERMOSURA.

Hay una cosa que subsiste siempre y resiste al naufragio de las vicisitudes de los pueblos y de las razas humanas. Esta cosa es la hermosura.

La hermosura es un torero diestro que con su vistosa capa trastea á los tiempos y triunfante ve pasar burlados esos toros de cien cuernos que se llaman siglos, cargados con las banderillas de las trasformaciones mundanas, matándolos con la irresistible espada de su poder.

Que todos los sabios, desde Platon á Goethe, esos dos vates de la belleza de la forma, traten de definir á mis lectores la hermosura. Es posible que no los comprendan, porque queden á oscuras con tanta metafísica ó deslumbrados con tanta poesía.

Yo, sin escribir sus diálogos ni sus poemas, cojo al lector que quiera seguirme, nuevo Dante y yo nuevo Virgilio, al través de los tenebrosos abismos de lo pasado y de los agitados círculos de lo presente. Le señalaré el sol, el firmamento de noche, y le diré: mira; le descubriré los ocultos tesoros de la tierra, le presentaré el mar inmenso, los montes gigantescos, los bosques misteriosos, los ardientes volcanes, las praderas risueñas, los áridos desiertos, y le diré: contempla; haré resonar el trueno, rugir el huracan y las cataratas que se derrumban, y le diré: oye;

evocaré las sombras de Elena, Frine, Cleopatra y otras parecidas, y le diré: adora; haré surgir las Vénus y Apolos de la Grecia, las virgenes de Rafael y Murillo, las damas de Van Dick y Tiziano, los colosos de Miguel Angel, y le diré: admira; le llevaré á los grandes monumentos de la arquitectura y le diré: medita; haré resonar las mejores armonías de Beethoven, Mozart y Rossini, y le diré: escucha.

Cuando ya mi lector esté arrebatado, estático, absorto con el deslumbrador espectáculo de tan mágico estereoscopio, que aquí descrito no pasa de ser unos renglones como otros cualesquiera, pero que realizado conmoviera á la estatua de Cervantes ó al Neptuno del Prado; cuando todas sus pasiones estén despiertas con tan sublime ensueño, le diré: defíneme lo que estás viendo.

—No puedo, dirá el lector.

—¿Sientes algo? preguntaré.

—Siento todo, dirá.

Ya lo tienes definido: ese todo es la belleza universal y eterna. Se siente y no se define.

¿Cómo podré yo definir esa belleza que un Platon no pudo darnos guisada (ó sea definida) en los platos de sus divinos escritos?

Soy mas modesto; no voy á remontarme tan alto. Para mi asunto no necesito dos alas, sino dos botas de charol, porque no voy á volar por las nubes, sino á andar por los salones.

Por eso las pido de charol, porque en los salones están las mujeres hermosas, objeto de estas líneas.

Entro, pues, de corbata blanca, á lo dandy, no desgredado á lo filósofo, para que las lectoras no se asusten, me lean y acaso me mediten.

Una mujer alta, esbelta, derecha, fresca de carnes, manos y pies pequeños, piernas y brazos torneados, ojos grandes, brillantes y espresivos; pelo, no de azabache, que es muy duro, sino negro, abundante y sedoso, ni de

oro, que seria ridículo, sino rubio y flexible; dientes, no de perlas, que serian tras de caros, feos, sino blancos, iguales y brillantes; labios, no de coral, que serian muy raros, sino purpurinos, frescos y finos; cejas, no de arco iris, que tras de enormes serian de siete colores, sino curvas y pobladas; garganta, no de alabastro, duro y frio, sino de purísima carne flexible y trasparente; mejillas, no de rosa, que serian muy chillonas, sino de ese purpurino matiz que las flores no pueden imitar. Una mujer que á todas estas gracias añadiese otras mil inaccesibles á mi pluma (y lo que es peor, á mis ojos), ¿no seria unánimemente proclamada una hermosa?

Si fuera rico mandaría fabricar una de esas mujeres soñada por los poetas: de alabastro, perlas, azabache, coral, marfil, oro y grana. Seria cara, valdria un dineral, pero, ¿seria hermosa? ¿enamoraría? No, haria reir. (*Risum teneatis...*) *La querriamos*, pero no la amaríamos. Y dicen que los poetas son idealistas y no positivistas, ¡ellos que sueñan mujeres de tanto valor y tan preciosas, que aspiran á tales albas!

La verdadera hermosa supera en gracia y en valor á todos los ricos ingredientes de esta receta que la poesía da para formar una mujer bella y sublime.

Pero ¡ay! lo que los poetas han hecho solo de palabra, la moda hoy lo ejecuta de hecho: desfigurar la hermosura.

Que hoy existen hermosas es indudable; el árbol de la belleza está siempre verde y da frutas de todos tiempos, climas y estaciones.

Una legion infernal de modistas con el escudo de sus figurines y el arma de sus tijeras, y un ejército de perfumistas guardados por las armas defensivas de sus rótulos y las ofensivas de sus aguas y polvos mas destructores que la pólvora, se han lanzado á atacar á la hermosura, á aniquilarla.

Me consta por manuscritos que ningun anticuario ha descifrado mas que yo, que allá

por los tiempos de la ex-Grecia y la ex-Roma, la belleza y la moda eran íntimas e inseparables amigas. Riñeron porque la vieja moral (chismosa como toda vieja), metió chismes entre ellas, y desde entonces se declararon guerra encarnizada.

La belleza, franca y abierta, luchó noblemente. La moda, embustera como un tocador, astuta como la serpiente, encubierta, amiga de disfraces como diestra en los engaños, conoció que las mujeres son astutas y hay que engañarlas para vencerlas. Conoció el flaco femenino, el amor propio, y se propuso halagarle y explotarle.

Formó sus dos mencionadas legiones, que dijeron: «nosotros vendemos la hermosura.»

Deslumbradas las mujeres con el brillo de sus frascos y de sus cintas, cayeron en las redes. Los creyeron sectarios de la belleza, se entregaron á discrecion, mejor dicho, á indiscrecion, comieron la manzana y no desmintieron ser hijas de su madre Eva.

La moda triunfó: llena de arrogancia, se proclamó reina; de reina se ha vuelto despota. Su enemiga llora prisionera en las cárceles del miriñaque, oprimida con las esposas de un corsé.

Veamos los tristes resultados de esta campaña.

Todo el hemisferio del Sur de una mujer, desde el Ecuador de la cintura hasta el polo antártico de los pies, existe. Pero ¿cómo? oculto: ¿dónde? enterrado. Debajo del tímido funerario de un miriñaque, ¿cuántos tesoros de belleza escondidos como una mina ignorada! Allí la pequeñez de los pies yace perdida en las tinieblas; la redondez de torneadas pantorrillas se desperdicia á oscuras; la morbidez de las formas se consume en balde como lámpara mortuoria. Allí dentro hierve la hermosura, y como el vapor está rabiando y pugando por salirse de su opresora caldera circular para lanzarse á la atmósfera de la admiracion; allí las gracias se ahogan. Cruelas faldas que, como los avaros, guardan sin objeto tan ricos tesoros.

Tenemos, pues, que verdaderamente no existe mas que media mujer. Que hoy toda mujer es medio monja, pues su mitad inferior está en el impenetrable convento de su miriñaque.

En resumen: una mujer es un quebrado cuyo numerador es el cuerpo, cuyo denominador el miriñaque, y cuyo valor es medio ó sea la mitad de la unidad de su personalidad.

Pongamos á esta parte fraccionaria de la mujer moderna «aquí yace» y pasemos al hemisferio Norte, único habitable y visible.

Desde la línea equinoccial de la cintura al círculo polar ártico de la garganta, cuando los densos nublados de pañuelos, gabanes ó abrigos, mas variables que las nubes de nuestro cielo, no nos encubren el de sus hechizos, entonces ya vemos algo.

Lo vemos, sí, mas ¿cómo lo vemos! desnaturalizado, corregido y aumentado como libro de testo, y lo que es peor, lo que es horrible, atormentado y oprimido.

Eso que vemos no es el cuerpo de una mujer; es una copa llena de carne humana, en la que, como en vaso de agua, el contenido se amolda á la forma del continente. No es una mujer con corsé, es un corsé con mujer. ¡Pobre cuerpo, cara le cuesta la hermosura! Al menos las otras gracias submiriñaqueas están ocultas, pero libres; mientras que estas que gozan el privilegio de ese crepúsculo entre el verse y no verse, están mortificadas horriblemente.

Quédaos completamente visible la cabeza, que ya pertenece á las regiones superatmosféricas, libres de los gases y fluidos de las vestiduras.

¿Necesitaré trazar el calendario de las revoluciones del cielo de las cabezas femeninas? ¿Quién numerará y describirá las infinitas formas de las constelaciones llamadas peinados que desde los cuernos de Tauro y Capricornio hasta la desgreñada guedeja de Leo y el

enredado vellon de Aries revisten todos los fantásticos aspectos del capricho?

Si esas cabezas se tornaran de la forma que quieren aparentar á fuerza de rellenos y rehuecos, físicamente consideradas, serian monstruosos fenómenos, y frenológicamente Gall, y... que no somos Galles ni gallos, echaríamos á correr asustados de tantas prominencias, indicios de facultades desarrolladas en grados temibles de puro gigantesco. Desnaturalizar la belleza natural de la cabeza con algodones, ¿no es tan absurdo como lo seria ponerse joyas artificiales de carton?

Plantémonos á lo mosca en medio de la cara, ese ramillete de gracias y encantos, ese poema de carne humana escrito por la musa de la belleza.

Las que la tienen pálida quieren robar su carmin á la aurora; pero como el hurto es algo dificultosillo y además el robo es un crimen, compran un blanco que hace enrojecer á la nieve de vergüenza y un rojo que hace palidecer de envidia á la amapola. El rostro es el lienzo: los cuadros que en él pintan las mujeres hartas lo conocen los que frecuentan esa perpetua esposicion de pinturas y bellas artes (digo mal, artificios) que se llama sociedad.

En cambio muchas á quien la naturaleza ha dotado de esos colores y medias tintas delicadas que dan la juventud, la salud y la frescura, creen que es de mas tono ser pálidas, mas romántico tener ojeras, y ¡cuántos disparates no hacen para conseguirlo! Recuerdo haber leído de una jóven provinciana de hermoso color y de gran robustez que, llegada á París y queriendo estar mas bella, es decir, mas fea y mas romántica ó sea enferma, cada vez que iba á un baile se ponía sanguijuelas para estar descolorida. Al poco tiempo murió exangüe. ¡Insensata!

¿Quién revelará la historia inquisitorial del tocador femenino? Nadie; porque ciertas mujeres antes dejan penetrar en el santuario de su conciencia que en el de su tocador. De todas maneras, así las pintadas como las des-pintadas, confirman que hoy con razon la cara se llama cara.

Resultado: nos encontramos una mujer, y excepto en los bailes, donde nos resarcan con creces, solo vemos unas faldas que parecen rellenas de media mujer; media mujer que parece rellena de abrigos ó de adornos; una cabeza con encabezamientos que la ocultan; un rostro asomado á una ventana llamada sombrero, y visto al través de una vidriera de colores como la de una catedral. Quedan solo los ojos, y aun estos suelen estar detrás de unos lentes, aunque sean de lince.

Total: Nada.

Silogismo: lo que no se ve es igual á lo que no existe; la hermosura no la vemos; luego la hermosura es como si no existiese.

Hémos aquí deshermosurizados.

Dos cosas necesita la mujer: vestirse y adornarse.

Vestirse es cubrir la hermosura por decencia.

Adornarse es realzarla.

Hoy hemos visto que vestirse es ocultarse ó desformarse; que el vestido es la hipocresía de la forma; que una mujer es un cartucho de gracias y dulces que solo gustará el goloso que la compre en la confitería de Himeneo; que para resarcirnos de la pérdida de la hermosura y dorarnos la plidra nos han regalado la palabra elegancia; que las modistas son como los absolutistas, que donde ven la libertad dicen muera y la encadenan con sus tiránicas hebras, y que las corseteras, por meter los liberales cuerpos en cintura, suelen meterlos en sepulcro.

Las estrellas han nacido para brillar; las mujeres para lucir. La mujer debe adornarse. El oro, los brillantes, esmeraldas y demás piedras preciosas para ella las cria la tierra. Los rayos de los diamantes piden las centellas de sus ojos y el resplandor de sus hechizos.

Mas ¿qué me direis de esas sombras impal-

pables de telas; las blondas, encajes, tules, gasas, etc., etc., con que las bellas se adornan? Están seductoras, parecen diosas envueltas en nubes transparentes; pero ¿os habeis parado á pensar las innumerables puertas que una gasa, tul ó encaje tiene, para que por ellas penetren sin papeleta de convite, los invisibles resfriados, las pegajosas toses, las voraces pulmonías, las hambrientas y antropófagas tísis y acaso la implacable y ciega muerte? No; adornan y bastan.

¿Reflexionan las mujeres que por estar airo-sas pueden tomar un aire que las obligue á ir á tomar aires cuando no sea tiempo, y el aire se haya llevado y arrastrado las dos mejores hojas del árbol de la vida: la hermosura y la salud?

No me lo nieguen. Cuando van á un baile, que nieve, que llueva, que hiele, su termómetro es solo su espejo y su temperatura su presuncion. Tienen frio, tiritan, pero no se abrigan por no ajar el vestido. Entran en los salones deslumbrantes como estatuas, pero como estatuas heladas. Cada baile para ellas es un desafio entre la salud y la hermosura á quien puede mas.

Receta para hacer viudos.

Tómese una mujer, désela todos sus gustos, abandónesela á la borrachera de sus espejos, á los excesos de su tocador, al veneno de su presuncion y morirá fijamente.

Se garantiza el resultado bajo la fe de los médicos y las firmas de los cementerios.

El modo de apreciar la belleza influye en la suerte de las hermosas; su vida está en nuestras bocas. A la que decimos: qué cinturita, qué cuerpecito, se apretará ó se desabrigará; y ¿quién sabe si al elogiarlas las asesinamos sobre el lecho de nuestras flores, que tan agudas y ocultas espinas suelen tener?

Escuchadme, mujeres insensatas cuanto hermosas.

¿Quereis ser bellas? mostraos tal cual sois; pues sabed que la hermosura es la verdad de vuestra forma y no la mentira de vuestros artificios. No la encubrais.

Sabed que la base de la hermosura es la salud, no os encarceleis el cuerpo, no os ahorqueis la cintura, dejadles tomar su hechura, que la sangre circule, que el pulmon respire. Estareis sanas y frescas, verdaderamente hermosas. Mirad á vuestra diosa Vénus; es redonda, pero ancha de cintura y no lleva corsé.

Sabed que el mejor color es el clásico y sano carmin de la robustez, no el romántico y enfermizo amarillo de la elegancia. No os pinteis con botes ni os despinteis con tormentos. No creais que la hermosura es parecer enferma ó estarlo.

Sabed que las ojeras son indicio de debilidad ó de desórden, no de fortaleza ni de gracia.

Sabed que la moda es vuestra madrastra y la hermosura vuestra madre. Dejad que en vosotras se ostente vuestra tela y no la tijera que la destroza.

No abandoneis el figurin que hizo un Dios y vió que era bueno y hermoso, por el que hacen las modistas y vemos que es malo y feo.

Tened presente que la cal y el albayalde secan vuestro cutis, que pronto dice: «no puedo mas, adios,» y las arrugas vienen y dicen: «adios, aquí estamos,» y la juventud se irá pronto y en la vacante se sentará la vejez prematura á ocupar vuestro destino.

¿Sois Magdalenas que teneis que hacer penitencia de modificaciones por ser hermosas? La hermosura no es pecado, es virtud.

Para parecer soles, no necesitais ver estrellas.

Poned término al ayuno que de vuestra hermosura está pasando nuestra fealdad.

Grecia, que mas bien debió llamarse Gracia, nos legó los tesoros y fórmulas de la belleza. Mirad sus eternos figurines de mármoles inmortales.

Buscad un término medio entre aquella sublime semi-desnudez pagana y este ridículo embozamiento santurrou. Fundid aquel pa-

ganismo con vuestro pa-pierdismo. Siempre saldéis ganando.

Salid de vuestros estuches y mostrad que es verdad lo que parece engaño. Que la hermosura existe.

Sacudid el yugo mezquino y ominoso de la moda.

Abrazaos á la estatua divina de la diosa Hermosura.

Desmentid el famoso verso de Quintana, que de verso habeis convertido en axioma:

«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Y cuando los poetas no sepan espresar la Hermosura,

Y cuando los filósofos suden por definirla,

Y los artistas se afanen por imitarla,

Y cuando los escépticos duden de ella,

Mostrad vuestras legítimas perfecciones y decid:

«Mirad la hermosura. No es un sueño de poeta, ni un cuento de novelista, ni un delirio de filósofo, ni una ilusión de artista: es una realidad visible y palpable. Llegad y convencos.»

Y ellos dirán: Honor á la hermosura, que ha resucitado.

Creedlo, hermosas, que si el consejo viene de un bi-feo ó re-feo (es decir, dos veces feo por su cara y su sexo) ese feo quiere y os pide que mostreis lo que es y lo que vale vuestra hermosura.

JOSE ALCALÁ GALIANO.

LA POLÍTICA.

¿Qué es nuestra vida mas que un breve día
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

FRANCISCO DE RIOJA.

I.

Ninguna calamidad es mas perturbadora y terrible para la desgraciada humanidad, como aquella en que olvidando los hombres que la vida es tan fugaz cual vaporosa nube del estío, hace que se afanen por buscar en tan incomprendibles ilusiones un bienestar incierto, quizá un porvenir demasiado triste, huyendo de lo verdaderamente positivo, y de lo que la Providencia les ofrece con pródiga y apiadada mano. En efecto, la política de partido, legado triste que dejara el siglo XVIII al actual, corroe la sociedad, perturba las familias, pone en anarquía el mundo, y hace caminar con sus utopías y discusiones, á la obcecada humanidad, á la mas desconsoladora y deplorable disolución.

Si la vida es tan corta y tan llena de penas y sinsabores, ¿por qué los hombres se afanan tanto en hacerse creer cuál es la idea que puede dar por resultado un buen gobierno como ellos dicen? ¿No podrian emplear mejor la corta duracion de su triste vida en disfrutarla con apacible tranquilidad, y disfrutando de los goces que el cielo compadecido de nosotros nos presenta á nuestros ojos para enjugarlos del llanto del desconsuelo de nuestra fatal existencia?...

Pero el hombre en su delirio incomprendible, del que quizá él mismo no sepa darse cuenta, renuncia á la felicidad, olvida que la parca le sigue con tenaz insistencia por el camino del sepulcro, y no escucha la estridente y alegre carcajada en que prorrumpe cada vez que le ve pararse para escribir con el dedo del desvarío, los inciertos pensamientos de su acalorada imaginacion.

Y tan triste es esta plaga, cuyo desarrollo va haciéndose cada vez mas progresivo, que donde quiera que penetre, lo mismo en el palacio del poderoso que en la humilde boharrilla, todo es desunion, todo es encono, y dejan su puesto la verdad y la felicidad. Ella dirige alguna vez la pluma de la historia, ó se la arrebatada para mojarla en cieno obligándola á que consigne infames y vergonzosos libelos,

dictados por el veneno de la envidia y del odio de su ruin corazon, pretendiendo desprestigiar á quienes tuvieron por norte la virtud y la gloria, el saber y el heroismo. Ella hace conculcar todos los hechos; ella niega y ensalza lo que le parece, y por ella se convierte el libro de nuestras acciones en un conjunto de falsedades y de iniquidades, donde desgraciadamente nada se vislumbra de la célebre sentencia del maestro Ciceron.

Y como si á la política no le bastase la pluma de la historia, hace vibrar el arpa del poeta para ensalzar hazñas que por siempre llorarán la humanidad, y dirige sobre el lienzo el pincel del pintor para estampar hechos fabulosos ú horribles atrocidades que rechazan el buen sentido, la tolerancia y la civilizacion.

Esta plaga inexorable, cuando abre la mano, arroja sin piedad sobre los pacíficos pueblos la mas desconsoladora intolerancia, la deplorable anarquía, los mas sangrientos odios, la desunion mas completa, y por último, la espantosa guerra... la guerra fratricida... la guerra civil...

¿No le bastan al hombre los sinsabores domésticos, las mil enfermedades á que se halla sujeta su débil naturaleza y las innumerables epidemias que detienen el paso de su azarosa marcha en el corto espacio de su existencia?... ¿Por qué roba á la felicidad y al amor los fugaces descansos que tuviera?... ¿Por qué no tiene presente que lo que fue debió ser y lo que ha de ser será?...

II.

Si todos tratásemos de distinguir lo justo de lo injusto; si todos desecháramos de nuestro corazon la envidia, la soberbia, el egoismo y la ambicion; si tranquilos viéramos lo que nos era conveniente, no lo que pretendiéramos que debiera ser, y unidos emprendiéramos el corto camino de la vida, precedidos de la tolerancia y de la generosidad; no hay duda que entonces la política dejaria de ser una calamidad, convirtiéndose en un bien celestial que nos conduciría al sepulcro consolados de nuestras aficciones, y con la dicha en el corazon...

Pero la felicidad se hace imposible desde el momento que la política pone en movimiento nuestras débiles, si no malas pasiones, no mirando en el prójimo mas que un instrumento de nuestro poder; un ser que se encargue de trabajar por nosotros y de servirnos, buscando en las discusiones un escalon de futura y desvariada grandeza, y una especulacion para satisfacer goces y felicidad que solo pueden lograrse con el trabajo y la virtud.

No faltará alguno que nos diga: no son estos los móviles de la política, y si otros nobles, otros con los cuales pudiera alcanzarse la felicidad. Pero concedido esto, ¿qué bienes ha dado la política á la humanidad? Respondan por nosotros los anales del mundo, y solo veremos en ellos la mucha sangre derramada, el alarido de millares de víctimas inmoladas á su frio capricho, y el llanto que á los suyos hiciera derramar...

La política, como todas las plagas que afligen á la humanidad, es tan antigua como el mundo; pero olvidada por la voz del Redentor, y despues por la de la gloria, la vemos aparecer á fines del pasado siglo con fuerza imponente y terrible, se declara la reina del mundo, y con su cetro de diamante impone á las sociedades su voluntad suprema, y con su frio despotismo hace huir del seno de ellas la paz, la felicidad, el bienestar, y como consecuencia de todo esto la libertad que engañosamente sus labios pronunciaran. Ella ha escrito tantos códigos como individuos se arrojan á sus plantas; ella ha consignado en ellos cuantas ideas y utopías puede concebir la mente humana, y poniéndolas en práctica ha causado mas víctimas y desastres que todas las calamidades juntas convirtiendo la mitad de la humanidad en enemiga de la otra media... En vano la razon y la justicia se le opo-

nen, en vano la tolerancia quiere marcarle un límite... todo lo destruye, todo lo que encuentra al paso, lo atropella... Solamente podrán algun dia con ella el cansancio y la indiferencia, armas para ella mortales que la Providencia le pondrá frente á frente cuando se conde de su tiranía: estos serán su Atila... ¿Le convendrá esto á la sociedad? y si así no fuese, ¿quién será la causa?... La razon nos dice que la política con sus ambiciones y con su desunion.

Y no hay duda que aunándonos en el pensamiento por medio de la razon y de la virtud, todas las ideas son posibles, todas pudieran darnos la felicidad, la paz y la libertad... Hasta el despotismo seria impotente con las sociedades, porque hallándose todos unidos, no encontraria servidores oficiosos que se encargasen de hacer cumplir sus tiránicos decretos, y la ley seria una verdad que no dejaria á los déspotas otra alternativa, que abdicar su odiado poder, ó convertirse en cariñosos padres de sus súbditos... Pero pretendiendo cada idea ser la soberana excluyendo á las demás, su completo exclusivismo las hace ser imposibles é impotentes para dar la felicidad á los pueblos... Desunidos, fraccionados hasta lo infinito, ¿qué harán el dia en que un tirano, ó un pueblo extranjero llame con la voz de la conquista ó de la falsa intervencion á la puerta de la patria? ¿Descolgarán la espada de la independencia? ¿le rechazarán con la gloria de nuestros padres? No..., dejarán que profane sus campañas con su inmunda planta... le alzarán en su vergonzosa marcha arcos de triunfo para que no le moleste el sol que en dias de union y mas dichosos le abrasara, ó quizá le llamarán para que les ayude á destrozarse mutuamente con incomprensible furor... El llanto del patriotismo inunda nuestros ojos y el corazon se nos hace pedazos viendo á la política negar á los pueblos con sus estériles discusiones, los dos bienes celestiales por los que siempre suspirará la humanidad... por los dos bienes tan queridos... la independencia y la libertad.

MANUEL MARÍA GUILLEN.

(Se continuará.)

EL CONDE DE CAVOUR.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

Camilo de Cavour nació en Turin el año de 1809. Pocos ó ningunos son los datos que acerca de sus primeros años guarda la historia, pero es natural que el que mas tarde habia de llenar la Europa con su nombre, tuviera una instruccion vastísima como tuvo talento para colocarse al frente de las eminencias políticas de Italia. En el año de 1847 empezó á luchar por su patria en el periódico titulado *Il Ricor-gimento*, que fue el primero en proclamar la Unidad de aquella. Despues del desastre de Novara, Cavour empezó á adquirir mayor importancia cada vez; en 1850 fue nombrado ministro de Agricultura y Comercio, y en el siguiente de Hacienda, de cuyo ministerio hizo dimision en 1852. No tardó en ser repuesto reemplazando por último á Máximo d'Áreglio en la presidencia del Consejo en 1856. Asistió al congreso de París para el arreglo de la cuestion de Oriente, y cuando mas tarde estalló la guerra con el Austria, tuvo la honra de ver el rápido engrandecimiento de su patria: verificada la anexion de Nápoles y Sicilia se halló en la mas critica posicion, luchando con el ardiente deseo del pueblo italiano hácia la unidad nacional, y la conducta de retraimiento de la Francia: esto, y el excesivo trabajo que llevaba por salvar las dificultades que á su proyecto se oponian, le ocasionaron un ataque cerebral, del que falleció en 1861 aquel, llevándose la satisfaccion de haber proclamado el reino de Italia, única aspiracion de su vida.

A***



El conde de Cavour.

DELIRIO.

—¿Qué ves, poeta?...
 —Hoy nada: he visto demasiado y se ha oscurecido mi inteligencia.
 —Aparta el crespon que lo envuelve y dí.

I.

Las flores comenzaban á abrir su capullo.
 Su suave perfume embriagaba dulcemente mis sentidos, y la brisa primaveral acariciaba mi cabellera.

Estaba dormido.
 La melancólica armonía que tienen algunos días del año al ponerse el sol, dejó oírse en mis oídos, y soñé.

Era un niño.

II.

Una mujer de rostro pálido y ojos adormecidos tocó tres veces con sus templados labios mis párpados entreabiertos.

Un calor suave dió un ligero tinte á mis mejillas, y una agradable melodía sentí que inundaba el espacio.

Palabras de amor que no tenían eco invadieron mi cerebro, y mi lengua no tenía sonidos para pronunciarlas.

Sus manos se encontraron con las mías, y una agitación nerviosa contrajo todos los músculos de mi cuerpo.

Algunas palabras de amor ideal y sublime se deslizaron en mis oídos.

Era esta para mí una emoción desconocida...

Su dulce armonía dilataba mi alma de felicidad, y mis brazos se abrieron con delirio para detener al ser que embargaba mi espíritu...

Mis manos hallaron el vacío, mis ojos las tinieblas, mi corazón la amargura...

Desperté.

III.

No apartes de mí tus miradas, Luisa...

Deja, virgen de mis ensueños, que beba en tus ardientes ojos el aliento divino que ha de inspirar mi seca inteligencia.

¿No son tu delicia los cantares del poeta?...
 ¡Triste ser!...

Oye... ¿Has oído los ecos de mi laud?...
 ¿Quién sabe si le pulsa un amante desdenado, una mujer abandonada, un pobre huérfano, ó un poeta?...

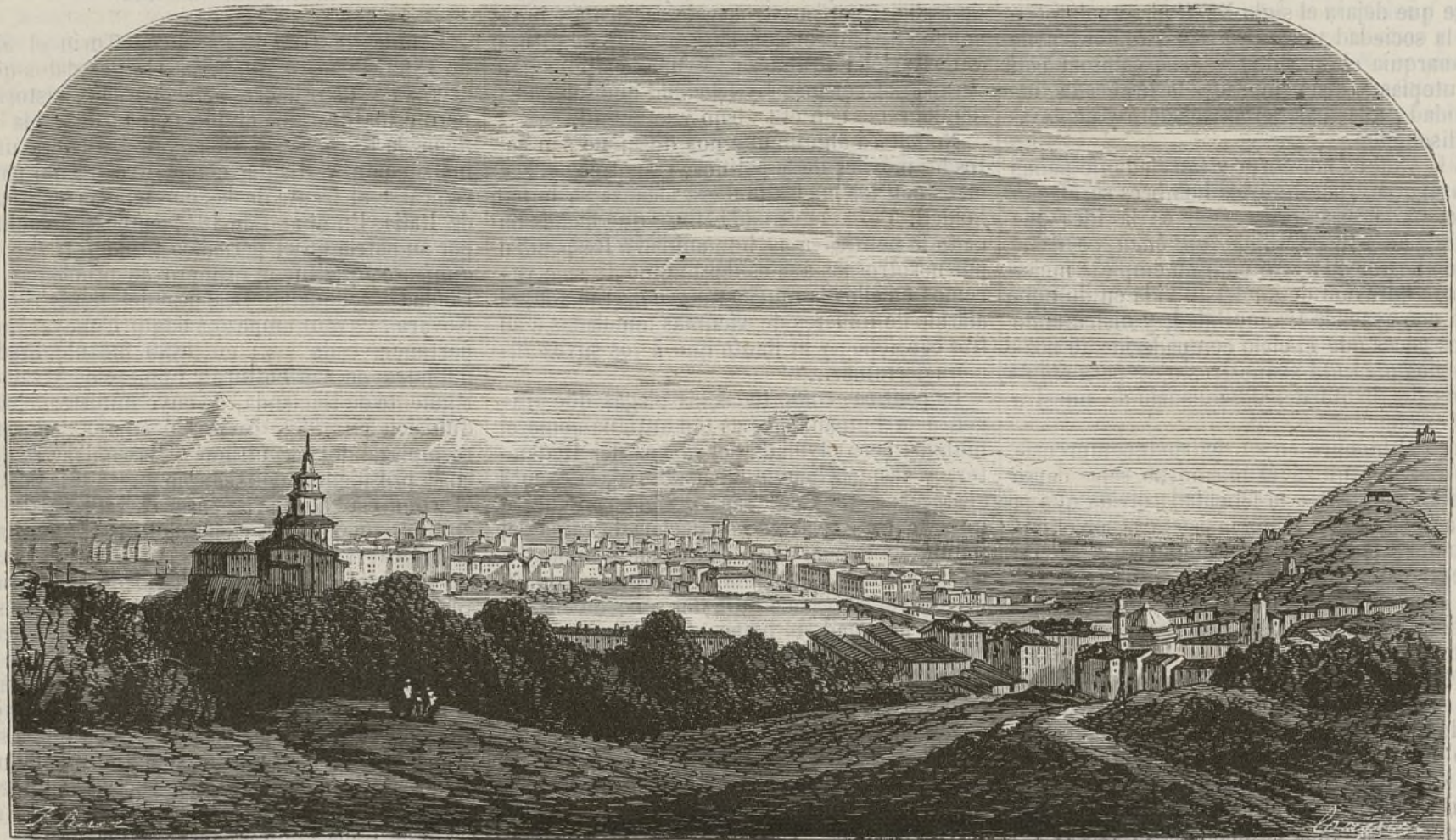
Sus notas son tristes como el dolor...
 ¿Qué importa?...

Gocemos, alma mía...

No enturbie el azulado cristal de tu pupila el eco del dolor.

No plegue jamás tu tersa frente el violento huracán de los pesares.

Puros ángeles den vida á los pensamientos de tu alma, y luz radiante á tu ensortijada cabellera.



TURIN.—Patria de Cavour.

¡Qué bella eres, Luisa!...
¡Qué dulces son en tus labios esas palabras de amor que se adivinan: esas miradas que solo puede definir las el corazón!...

IV.

—¡Pobre loco!...
¿Dónde vá?...
¿No teme hallar un escollo en el inmenso piélago de la vida, ó una espina en el tallo de las flores que encuentre en su camino?...

La dicha... ¿Y qué es la dicha?...
—Un horrible sarcasmo
—¿Dónde vas, pobre loco?... ¿Y Luisa?...
—Silencio... su nombre me hace daño... No existe...

V.

Dulce ilusion de mi alma... ¿dónde has ido?...
Tras el quimérico amor de la fantasía... ¿qué he encontrado?...

Ven, ven, recuerdo mío, no me abandones...
Ayer eras, Luisa, el encanto de mis sueños. Hoy una sombra desvanecida...
Ayer orlabas tu frente una aureola celestial... Hoy está ceñida de un velo fúnebre...
Era tu vida sencilla y pura como la de los ángeles, y ya tu frente está marcada por el dolor...
Ayer te pedí inspiracion para mi inteligencia; amor para mi alma; y el fuego de tu espíritu dió vida á las creaciones del poeta; el



Muchachas de Vea, en las islas de la Lealtad.

calor de tu mirada, felicidad al corazón del niño.

La brisa de la noche humedecía tus mejillas pálidas, y el suave fulgor de la plateada luna se reflejaba en tu tranquila frente.

Sonábamos con el porvenir: sonreíamos del presente: no nos atormentaba el pasado.

Pobre trovador, cantaba á la melancólica armonía de las noches de primavera...

Hoy tus labios secos han perdido su bello color de púrpura; tus ojos no se apartan del suelo; tu frente se ha marchitado, como el abrasado huracán del Ecuador agosta las flores del Oasis.

Tus manos tiemblan entre las mias; tu suelta cabellera acaricia en desórden tu anhelante seno; y tus ojos se hinchan de lágrimas...

¡Ah!...
¡Silencio!...
Tus velos virginales han sido plegados para siempre por el ángel del infortunio; y para el pobre poeta solo tienes ya luto, desesperacion...
¡Horrible destino!...

VI.

Nada... siempre nada...
Hé aquí mi teoría social; mi profesion de fe. Amargura, sufrimiento, llanto... despues...
Pobre viajero errante... ¿dónde voy perdido?...
¿Hallaré un Oasis en el desierto arenal de la vida?...

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

BATALLA DE LAS ALPUJARRAS.

«El año 1499 dieron órden los Reyes Católicos para que los moros se hiciesen cristianos; y así en Granada fue la mezquita mayor consagrada en iglesia catedral, y en ella y su comarca se bautizaron mas de 50,000 personas y todas las mezquitas se volvieron en iglesias. Aunque presto se rebelaron, porque el año siguiente de 1500 los moros mudejares de las Alpujarras haciendo grande alboroto, lo pusieron por obra. Fué allí el Rey Católico en persona, y lo allanó todo tomando por esclavos á los moros de Andarax, Lanjaron y Huesca ó Huescar, porque hicieron mayor resistencia.

Continuándose la conversión, se bautizaron los moros de las Alpujarras, de Almería, Baza y Guadix. Los de Belifque, Nijar y Guejar, que también se habían rebelado, fueron conquistados el año 1501, y matando á todos los que podían tomar las armas, los demás y las mujeres tomaron por esclavos, escepto los de once años abajo, mandando que fuesen cristianos. El mismo año se rebelaron por el mes de enero los de las Serranías de Ronda, Sierra-Bermeja y Villaluenga. Enviaron los Reyes sus capitanes contra ellos, y siendo muerto don Alonso de Aguilar en la Sierra-Bermeja, fue el rey allá y en breves días allanó la Sierra enviando los moros á Africa.»

ECONOMÍA POLÍTICA.

DEL PAUPERISMO.

Si examinamos con detención la historia de las naciones, veremos que en todas las épocas y países ha existido la devoradora plaga del pauperismo.

Ni las guerras, ni los nuevos inventos, ni las revoluciones que han estremecido la sociedad en su base, pudieron desterrar esta enfermedad horrible, que nació con el hombre. En la antigua Roma de los primitivos tiempos era conocida, y fue causa de repetidos disturbios entre patricios y plebeyos. En las opulentas capitales de Grecia, y en los ricos pueblos de la India, pululaban multitud de mendigos.

Examinemos ahora la historia durante el período de la edad media, y veremos igualmente levantar e amenazadora la clase pobre, haciendo temblar á los señores feudales.

Vengamos á la historia moderna, y hallaremos el hambriento mendigo, que se arrastra junto al poderoso, y encontraremos la miseria al lado de la riqueza.

La existencia del pauperismo puede atribuirse á varias causas, tales como la desigualdad de clases, ó mas bien de fortunas; de ese desnivel social, que sumerge en la abundancia á unos seres, negando á otros, aun los medios mas necesarios para subsistir, la ignorancia ó ineptitud para el trabajo, y últimamente, la aplicación de la mecánica á la industria fabril.

Como desgraciadamente el pauperismo es la calamidad mas temible para los pueblos, y como está arraigado en la sociedad desde el fundamento de ésta, una de las investigaciones de los gobiernos en todos tiempos, ha tenido por objeto estirparlo de los países; pero siempre fueron vanos tales esfuerzos, que cuando mas, solo pudieron aminorar el número de mendigos, aunque sin conseguir nunca su completa desaparición.

La Europa entera ha venido tratando durante mucho tiempo, de nivelar en cuanto fuera posible las diferentes fortunas, de modo que ningun hombre sufriese los rigores de la pobreza, viéndose espuesto á morir de miseria; pero tales soluciones no han podido admitirse por carecer de las ventajas necesarias.

De una sola familia prodigiosamente multiplicada en el transcurso de los siglos, se ha poblado el mundo. Verdaderamente causa admiración la rapidez con que se propaga la raza humana, á cuyo aumento contribuyen diversas causas, tales como las siguientes.

La simpatía que existe entre los seres de diverso sexo, prueba inequívoca de la sabiduría de Dios, quien infundió entre el hombre y la mujer el amor, móvil principal que dirige nuestras acciones. La riqueza y el deseo de hacer feliz á la persona amada, que invitando al matrimonio, producen la multiplicación de nuestra especie, uno de los fines que se propone este sacramento.

Por el contrario, la pobreza hace al hombre desistir del casamiento, que en vez de felicidad, le proporcionaría nuevas desgracias, con el aumento de seres y obligaciones que no podría mantener, y como el que ama no quiere

causar el infortunio del objeto de su amor, resulta que disminuyen los matrimonios y en consecuencia la población.

Se ha creído antiguamente hasta hace poco tiempo, que la fuerza y riqueza de un país consistía en el número de sus pobladores; mas la experiencia destruyó este absurdo. ¿De qué sirve á una nación contar en su seno infinito número de habitantes, si no son buenos industriales, si son ignorantes ó derrochadores?

Inversamente: ¿cuánto mas poderoso es el país, que reuniendo pocos pobladores son todos laboriosos, instruidos y sencillos! El pueblo numeroso, pero ignorante, veria languidecer las artes, desaparecer el comercio y agitarse en su seno la miseria, que propagándose con funesta rapidez, llevaria por do quiera el luto y la desolación, sembrando ruinas en su marcha devastadora.

¿Podrá entonces esta nación pedir auxilio á los países ricos? ¿Podrá implorar trabajo para vivir? No: pues que nada sabe, pues que desconoce las artes, fuentes de la riqueza.

Ahora bien: el país de reducida población, con tal que ésta sea laboriosa y entendida nunca temeria ver semejantes crisis; antes por el contrario, con la continua laboriosidad y progresiva instrucción, verá crecer sus riquezas, y estenderse considerablemente su población; pero sin abandonar nunca el trabajo que le proporciona tanta felicidad.

La observación hecha de que la raza humana se multiplica progresivamente en mayor número que las subsistencias, probó que el exceso de habitantes sobre los medios de subsistir causaba el grave mal del pauperismo.

Supone Malthus que la especie humana crece en proporción por cociente cuya razón es 2; así: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64; y las subsistencias segun una proporción aritmética que tenga 1 por razón, de este modo: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, resultando de aquí un grande desnivel entre los habitantes y las subsistencias; aunque despues añade que la población no llega á tanto aumento, por impedirlo las guerras, las enfermedades, los viajes peligrosos, y otras causas que arrebatan del mundo multitud de seres.

Estas fórmulas de Malthus son tachadas de imaginarias por algunos economistas: si bien todos convienen en la multiplicación progresiva de nuestra especie; mas por rápido que sea en ciertos países el aumento de las subsistencias, es siempre inferior al de la población, como se comprende fácilmente, observando que ésta es ilimitada, mientras las tierras son en número limitado, y mas ó menos fecundas, lo cual contribuye á la aminoración de sus productos. Considerando la desproporción que existe entre estos productos y el acrecentamiento excesivo de la población, una de las causas principales del pauperismo, iniciaron algunos economistas los medios de evitar los males producidos por semejante desigualdad. Pero estos medios enteramente anti-religiosos, anti-morales y anti-sociales, no han tenido aceptación; admitiéndose solo el principio de prohibir el matrimonio entre los pobres, establecido por Malthus.

Y en efecto: ¿de qué sirve al pobre casarse si ha de hacer por su falta de recursos la desgracia de su esposa y familia? El hombre desea al contraer matrimonio causar la felicidad de su mujer; pero ¿querrá unirse á ella y sumergirla en mayor miseria de la que padece? Imposible: porque si lo hace, manifiesta odio ó cuando menos indiferencia, por el ser á quien dice ama.

Ya hemos dicho que otra de las causas que promueven el matrimonio, es la propagación de nuestra especie: y si el pobre se casa, ¿de qué le sirve tener hijos, si por su miseria se han de ver espuestos á las enfermedades y padecimientos que trae consigo la pobreza? Claramente se concibe que si un mendigo apenas puede vivir soltero, difícilmente vivirá en compañía de una esposa, y con mas trabajo si tiene hijos; puesto que aumentan las nece-

sidades sin que suceda, lo mismo con los medios de subsistir.

Esta clase de casamientos puede considerarse hasta como un crimen, porque no solo se causa el mal de uno mismo, sino también el del prójimo.

(Se continuará).

AUGUSTO JÉREZ PERCHET.

LA ILUSION.

¡Ilusion! cuánto encierra en sí esta palabra, cuántas veces nos hace ver felicidades que no llegan á existir, pero que sin embargo, han llegado á lisonjear por algun tiempo nuestra ferviente imaginación, cuántos obstáculos vence, cuán gratas nos hace pasar las horas en que dominados por ella, todo lo vemos rodeado de celestiales aureolas, qué bellezas nos presenta, qué desengaños nos proporciona, qué castillos se forman en su base de quebradizo y deleznable cristal, qué halagüeñas esperanzas nos pone ante los ojos, qué delicias, qué placeres.

Cuando se pierde la ilusion, se enfria el alma; pero en esa continua lucha que el hombre sostiene durante su vida, entre la amargura de los desengaños y la dicha embriagadora de la realidad, llega á recobrase fácilmente, aunque estemos convencidos de sus efímeros resultados.

Que pocas veces han obtenido lisonjeros fines los que han vivido bajo su mágica influencia.

Cuántas veces la ilusion ha sido un fiel traslado de la proverbial linterna de Diógenes para ir en busca de un imposible.

En las vicisitudes de la vida, encuentra el hombre un consuelo en la esperanza y escudado con ella convierte á veces la vaga ilusion que domina su mente en una realidad.

Con nosotros nace la ilusion, la cobijamos en nuestro seno con tierno cariño y hacemos de ella el instrumento de nuestras aspiraciones, de nuestras dichas y de todo aquello que puede causarnos el mas mínimo placer.

El hombre existe sin poder disponer ni aun del instante que tiene delante de su vida; por consiguiente, puede considerarse como ilusion aquel momento que se concede de existencia, mientras no logre verlo convertido en realidad.

La ilusion acelera la vida; ésta es una verdad palmaria que está demostrada por esos vivos deseos que sin cesar se agitan en la mente, queriendo alcanzar el objeto que preocupa nuestra imaginación, máxime cuando en el día se cree la vida sosegada y tranquila constituye un verdadero aburrimiento.

Cuando niños, nuestras aspiraciones están en relacion de la edad, y aunque fáciles de conseguir, nos proporcionan no obstante mas gratos deleites mirándolos con los ojos de la ilusion.

Cuando mayores, mayores son también nuestras exigencias, y por la misma razón la ilusion aumenta y el deseo aviva nuestro afán extraordinariamente, hasta el punto de creer puede llegar á existir la armonía en el antagonismo, la verdad en la ficción, el movimiento en la resistencia.

Cuando la ilusion llega á dominar despóticamente al hombre, es cuando éste empieza á conocer el irresistible impulso que le inclina á ese ser encantador á quien Dios ha colocado en el mundo para hacer la dicha del hombre, consiguiendo se aumenten con rapidez las pulsaciones de su corazón; entonces es cuando el fuego que anima su mente no le deja comprender que todo está previsto por la voluntad divina, y que en vano se esfuerza en creer puede cambiar el orden de las cosas, estando éste marcado de antemano por la Providencia, la misma que acelera á nuestros ojos la realidad para que veamos el desengaño.

¡Ilusion! ¡Ilusion! Cuántos funestos accidentes has causado á esos hombres entregados desde su juventud á querer elevarse en el do-

rado carro de la fortuna á otro mundo desconocido, cuántas veces han acariciado en su mente la idea de poder llegar al templo de la inmortalidad para que sus nombres fuesen inmarcesibles y duraderos, y pasando el tiempo, ligeras nubes han empezado á disipar la ilusion haciéndose mas densas, cuanto mas se aproximaban la realidad y el desengaño.

No obstante, en determinadas ocasiones la ilusion ha traspasado con exceso los límites que la imaginacion del hombre la habia trazado; ejemplos de esto tenemos en las invenciones del genio moderno. Guttemberg logró con la imprenta estender el eco de la trompa de la fama hasta los mas remotos confines, abriendo nuevas eras de prosperidad y ventura para los grandes escritores; el vapor ha economizado en mares y tierras la fuerza motriz de los animales, del aire y del viento. Tubalcani inventó el forjar el hierro, y nunca por su imaginacion cruzaria la idea de que pudiese llegar á ser un motivo para que la sociedad lo aprovechase como medio destructor de la misma.

Desgraciadamente algunos de nuestros grandes hombres han acariciado ilusiones que no han visto realizadas mas que en la parte que ellos tenian el mas pleno convencimiento; Colon atravesó los mares en busca del Nuevo Mundo, y poco despues de ver realizado lo que sus contemporáneos creian un sueño, vió deshacerse paulatinamente el iris de bonanza, anulándose por completo la idea que se habia formado, encaminada á poseer bienes desconocidos.

Cuántas veces nuestra imaginacion ha tratado de profundizar los mas terribles arcanos; cuántas veces de nuestras ideas hemos formado un todo encantador, barnizado con los matices de la ilusion, y al colocarlo en el crisol de la mas clara inteligencia, el mas ligero análisis le desordena é inutiliza.

A cuántos les late el corazon al perfumado soplo del aura de las adoraciones y la reflexion viene á sacarles del letargo en que yacian sumergidos, quedando con una ilusion perdida y evaporándose en nubes sus vagos presentimientos.

A cuántos sucesos desastrosos no ha guiado la ilusion de esos nuevos dédalos, que han querido visitar á las aves en su constante y rápido vuelo.

El hombre muchas veces se deja sorprender por el encanto de una idea, que cree puede llegar á hacer su felicidad, y él mismo va anticipándose á su ilusion, se inspira, se apasiona, se lanza á poner en práctica lo que su imaginacion le dicta, y mas tarde tiene que humillarse ante la reflexion y la realidad, que le hacen ver el imposible de sus ensueños y la sombra vaga é indecisa de la idea que parecia en un principio poder llegar con arrogancia hasta las nubes.

La ilusion, lo mismo atraviesa los muros de los alcázares, que las rendijas de las cabañas; en todas partes se hace de ella un uso desmedido y nunca son suficientes los desengaños que ocasiona para que se abandone.

Cuántos grandes hombres han pasado gran parte de su vida entusiasmados y sumergidos en meditaciones, confeccionando en sus volcánicos cerebros planes que alimentaban una ilusion, y sin hacer caso del estruendo del mundo que se ocupaba de ellos, continuaban la solitaria organizacion de sus utopías.

No son pocos los ilusos que allí dentro de su cabeza, merced al mecanismo mas complicado, se construyen aparte una religion, una sociedad, un cambio general de costumbres, y todo se desvanece al menor soplo de la realidad, entendimientos usados, porque tienen la fe de los que empiezan; pero llegan á ser cautos cuando tienen las dudas de la esperiencia y aprecian las cosas por lo que valen y no por lo que prometen.

Qué diremos de esos escritores cuyos pensamientos van mas rápidos que sus plumas, y cuyas imaginaciones están impregnadas de floridos ensueños, los cuales al terminar sus

obras han creido encontrar en ellas el secreto de sus triunfos y de su popularidad, y la fantástica idea que tenian formada, ha desaparecido ante una desconsoladora realidad.

Cuántas veces el hombre, á pesar de estos y otros desengaños, estigmatiza lo presente con un amargo sarcasmo y sigue sin freno los caprichos de la fantasia, haciendo pomposos vaticinios sobre lo futuro, viendo únicamente celestiales horizontes coronados de flores y bienaventuranzas eternas.

Qué sueños tan gratos, qué hermosas ilusiones han pasado por delante de nuestros ojos durante los quince primeros años de nuestra vida; unas tras otras han ido desvaneciéndose poco á poco, sumiéndonos su recuerdo en invencibles melancolías.

Para que los edificios formados por la ilusion fuesen duraderos, era preciso que jamás hubiese nubes en el horizonte, ni brisas que refrescasen nuestra mente, pues son castillos de naipes que el mas leve soplo los derriba.

Todos en general nos abstraemos con las preocupaciones del momento, no viendo las mas veces en nuestro porvenir mas que glorias y satisfacciones, no alcanzando nuestra vista la playa del desengaño, donde la nave fatigada de nuestra imaginacion conduce á la humanidad, para que descansa de sus fatigas y comprenda con calma lo que puede la ilusion y lo que vale la realidad.

GERÓNIMO FLORES.

HABITANTES DE VEA.

En el mar Pacífico Occidental, existen como el lector sabe las Islas de la Lealtad de las cuales forma parte la de Vea. Sus habitantes se parecen generalmente á los de Lafu, pero tienen los ojos muy hermosos y anchas y despejadas las frentes; los hombres no usan frontal ó envoltorio como en los puntos inmediatos, pero algunos llevan pintadas en el rostro ciertas líneas regulares que les desfiguran completamente. Las mujeres, como puede verse por el adjunto grabado, van completamente desnudas y tienen *tabuado* el vientre; hay algunas entre ellas que se tiñen el cabello con objeto de hacerlo aparecer blanco y mas suave, pero al examinarlo se nota su color negro y ensortijado.

APUNTES BIBLIOGRÁFICOS.

EL SAHUMERIO.

Hemos tenido la satisfaccion de leer el manuscrito del hermoso libro que en estilo pérsico, con el título que encabeza estas líneas, ha escrito nuestro querido amigo, don Cecilio Navarro; para que nuestros lectores puedan formar idea de la obra que pronto verá la luz pública consignamos á continuacion los títulos de los libros en que se divide y un fragmento de aquellos.

- El libro de la luz. { Alah.
Mohammed.
Eblis.
El Paraíso.
Las Parábolas.
Las Verdades.
La Oración.
La mano de Ayub.
La Hormiga.
El Malo y el Bueno.
- El libro de los cuentos. { La Sangre de Hamet.
El Secreto y el Kanjiar.
La Lengua de Nazar.
La Mala yerba.
El Pájaro de siempre.
El Amor.
Los Recuerdos.
- El libro de la espuma. { La Mariposa.
El Grano de granada.
El Saludo de irse.
Soñar.

- El libro de los cantos. { La Estrella de la tarde.
Olor de azahar.
La Pena negra.
La Luna.
La Abeja.
La Flor de rosal.
El Olor de los olores.
Ben-Zulí.
El Dia.
La Zambra.
- El libro de las bodas. { Kadisja.
Las Almees.
La Noche.
La Hora.
Moraima.
Juan de la Cruz.
Zaher.
- El libro de las cartas. { Zulima.
Meejid.
Almenon.
Ben-Or-van-ar.
El Parto.
El Horóscopo.
Las Dudas.
- El libro de las sombras { La Guerra.
La Paz.
El Juicio.
El Castigo.

(Del libro de la espuma.)

SOÑAR.

Pobre es Issen: su pan... lo compra: su paga, esta. Páguetelo Alah.

Porque compra así:
¡Limosna á pobre Issen, sin gente huérfano!

Y es muchacho en sus años de amar, sin amar, porque ama ¿y á él quién? Sin gente huérfano.

Y allá va.

Cansado estoy de andar y de vivir; porque anduve mucho en tierra mala... porque pedí y no me dieron... porque tengo hambre, y ni migajas en las alforjas.

Me acostaré á morir en este zaguan de alcázar, porque es lugar desierto: la gente, mucha; pero no me conoce.

¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

Arboles que arrullan... flores que besan... arroyos que rien... pájaros que hablan... Y los árboles ricos: sus hojas esmeraldas, su fruto naranjas, sus naranjas de oro... Y las flores, ricas: rubíes, y topacios, y zafiros y diamantes sobre ramas de coral... Y los arroyos, ricos: su agua de plata pura corriente, como el agua de beber... Y los pájaros, ricos: sus colores siete mil colores en ricos alcabaces de olorosa thyna... ¡Mi jardín!

Piedras preciosas desde el cimienta hasta el alero... puertas de oro... ajimeces de columnas y alfeizares de marfil... techumbre de cristal... y pebeteros y divanes y alcázar de primor... y alcobas y azoteas y patios alicatados, frescos de fuentes, y arcos y columnas y macetas... ¡Mi palacio!

Y esclavos y caballos... blancos, negros, perla, bayos... setenta y setenta y setenta... ¡Mios!

Y mujeres... morenas, blancas, rosadas, amarillas... Setecientas... ¡Mias!

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

¡Gualá!

Suspiré. Cuando suspiro es que deseo amor. Y ¡setecientas!

Pero no deseo mujer morena, ni blanca, ni rosada, ni amarilla, ni... Deseo mujer de luz. ¡Hadas de la hermosura y del amor de luz! Issen desea mujer de luz.

La tendrás en el dia, porque en la noche no vendrá. Y es de noche.



Batalla de las Alpujarras.

¡Oh Hadas! el día pronto.

¡La noche!... ¡qué larga!

Sol de mi día,
luz de mi eden,
luz mía, mía,

¡Ven!...
¡Ay mi alegría!

¡Ven!
que moriría
sin tí el Issen...
tu Issen...

¡Ven!...

¡El alba!... ¡La aurora!... El día... ¡Oh!
¡Luz!

Mujer de luz vi entrar en el palacio de Issen,
y ya el amor de mis mujeres, como zumo de
tuerza entre lengua y paladar; porque me
amarga el amor de ellas.

Me rodearon todas con sus brazos, besándome
zalameras, y yo, Sultan-Kivir, dejo el amor
en su vaso, porque me amarga como el zumo...

Flor de alhelí, ne me gustas...

Ni tú flor de azahar...

Ni tú flor de albool...

Ni tú flor de jazmin...

Ni tú flor de clavel...

Ni tú... ni tú... ni tú...

Mehemet-Wisir, las matarás.

Sultan-Kivir, las maté.

Mehemet-Wisir, deseo mujer de luz.

Tomarás hombres de armas, irás sin alga-
zara con los hombres al palacio de Issen, y
matarás de muerte á Issen: lo odio. Su mu-
jer, flor de luz: me la traerás sin tocar á ca-
bello de sus cabellos, para mí; porque la deseo
y soy Sultan-Kivir.

¡Genios del amor de Issen! ¡Hadas del amor
de luz! ¡qué es?... ¡Gualá! ¡Hombres de ar-
mas de matar! ¡Genios! ¡Hadas! ¡Gualá! ¡No
vengan!

Y el palacio árbol, y la cama nido, y mi luz
paloma, y su Issen arrullo.

Issen, Luz, no vinieron.

Y el árbol palacio, y el nido cama, y la pa-
loma mi luz, y el arroyo su Issen.

La de estrellas en la cara,
la del hermoso cabello,
hebras de luz con que bordan
puro amor Hadas y Genios;
la de perlas bajo el labio,
capullo de rosa tierno,
donde por miel las abejas
de mi corazón vinieron;
la de seno claro claro,
como de una fuente el seno,
cristal por el que tu alma
sin una sombra estoy viendo;
grano de granada, grano
que trasformó el gran misterio,
y eres Hurí y eres... eres
la luz del sétimo cielo...

Oye, hermosa; no te asustes:
los que venian se fueron,
y siempre que vengan, solo
será espuma el amor nuestro.

Y si me debes tú el alma,
y si yo el alma te debo,
el tiempo de esperar cese
y empiece el dichoso tiempo
en que dos almas son una,
y una no es una... es un beso.

¡Oh luz! ¡Oh perfume! ¡Oh dicha! ¡Oh!...
¡Gualá!... ¡Todo fue un sueño!

¡Limosna á pobre Issen, sin gente, huér-
fano!

¡BUENA OCASION!

Un pollo de veinte abriles

O de veinte navidades,

Que de esperanzas posee

Un capital respetable.

Algo anante de las musas,

Pues versifica á raudales,

Despreocupado en extremo,

Buen rostro, mejor talante;

Con mucha tierra en la Habana

Y mucho dinero en Flandes;

Harto de vivir soltero

Y deseando casarse,

Quiere encontrar una esposa

De estas y estas cualidades:

Ojos negros y rasgados,

Esbelto y airoso talle,

Labios de coral, de rosa,

Dientes de perlas, diamantes;

Voz angelical, mirada

Que á un pecho de hielo abraza,

Sonrisa que alegre el alma

Y mitigue los pesares;

Educacion brillantísima,

Como por ejemplo, el baile,

La equitacion, el francés,

Bordar flores y animales;

Dirigir con mano firme

Un diminuto carruaje;

Recibir en las soirees

De una manera admirable;

Y cantar bien al piano

Y saber mejor tocarle,

Y todo lo necesario

A una jóven de su clase.

Con lo dicho anteriormente

Y una dote pingüe, grande,

Un suegro que me acaricie

Y una suegra que me alabe;

Doy mi palabra de honor

De sin vacilar casarme

Y al matrimonio, por fin,

Rendirle pleito-homenaje.

La bella, que mi mujer

Quiera por tanto llamarse,

Es necesario que tenga,

(Condicion indispensable)

Un genio como una malva,

Un dulcísimo carácter,

Una voluntad de miel

Y un corazón como un ángel.

Que obedezca mis deseos,

Que no me cause pesares,

Que me quiera con delirio,

Que no me olvide ni un ápice.

Que me deje hacer mi gusto,

Que no se ponga á mis planes,

Que secunde mis proyectos...

Que haga, en fin, lo que la mande.

Poco en verdad, poco exijo,

Y un sacrificio tan grande

Cual es renunciar de un golpe

A mi libertad, bien vale

Las exigencias exiguas

Que he propuesto, previo exámen.

Las peticiones, preguntas,

Consultas y cuanto atañe

Al asunto, se dirigen

Franco de porte y de balde,

A la calle del Acuerdo

Y á don Toribio Esponsales,

Corredor acreditado

En negocios semejantes.

PEDRO F. REYMUENDO.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.
—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Docharo, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.